



AL QUE NOS AMA Y NOS LIBERTÓ

APOCALIPSIS 1:4-8

SERIE EN APOCALIPSIS

LA REVELACIÓN Y EL TRIUNFO DEL CORDERO

Todos los textos bíblicos son tomados de la **Nueva Biblia de las Américas** a menos que se especifique lo contrario.

Predicado a la Iglesia Sobre La Roca en Cinema Delicias
Calle Central y Avenida 4a. Sur
Cd. Delicias, Chihuahua
sobelarocadelicias@gmail.com

INTRODUCCIÓN	1
LA FUENTE DE NUESTRA PAZ: EL DIOS TRINO – vv. 4-5A	1
EL FUNDAMENTO DE NUESTRA IDENTIDAD: LA OBRA DE CRISTO – vv. 5B-6	4
LA CERTEZA DE NUESTRA ESPERANZA: LA VENIDA DEL SEÑOR – vv. 7-8	6
REFLEXIÓN FINAL	9

INTRODUCCIÓN

Vivimos en un mundo donde todo parece cambiar. Cambian los gobiernos, cambian las circunstancias, cambia nuestra salud, cambian las relaciones, cambian los planes y, muchas veces, hasta nuestro propio corazón. En un mundo tan inestable, la gran pregunta es esta: ¿dónde puede encontrar descanso el creyente? ¿Qué puede darle paz cuando todo alrededor parece derrumbarse? ¿Sobre qué puede construir una identidad que no cambie? ¿Qué esperanza puede sostenerlo cuando el futuro parece incierto? Precisamente esas son las preguntas que el prólogo de Apocalipsis comienza a responder. Antes de mostrarnos las visiones del fin, Dios quiere mostrarle a Su iglesia el fundamento sobre el cual puede permanecer firme.

Leamos Apocalipsis 1:4-8.

⁴Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a ustedes, de parte de Aquel que es y que era y que ha de venir, y de parte de los siete Espíritus que están delante de Su trono, ⁵y de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos ama y nos libertó de nuestros pecados con Su sangre, ⁶e hizo de nosotros un reino, sacerdotes para Dios, Su Padre, a Él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén. ⁷El viene con las nubes, y todo ojo lo verá, aun los que lo traspasaron; y todas las tribus de la tierra harán lamentación por Él. Sí. Amén. ⁸«Yo soy el Alfa y la Omega», dice el Señor Dios, «el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso».

Lo primero que Juan quiere mostrarnos es la fuente de nuestra paz: el Dios trino.

LA FUENTE DE NUESTRA PAZ: EL DIOS TRINO – vv. 4-5A

Hoy vamos a comenzar en el versículo 4. Lo primero que encontramos es al autor humano designado para recibir esta revelación de Jesucristo, que vimos la semana pasada como el tema central de esta carta.

Recordemos cómo inicia el libro. Es la revelación de Jesucristo, una revelación que Dios dio para mostrar a Sus siervos las cosas que deben suceder pronto. Él la dio a conocer enviándola por medio de Su ángel a Su siervo Juan. Juan dio testimonio de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo, de todo lo que vio (Apocalipsis 1:1-2, NBLA). También vimos la bienaventuranza para el que lee, para los que oyen las palabras de esta profecía y, sobre todo, para los que guardan las cosas escritas en ella (Apocalipsis 1:3, NBLA). Esa fue la exhortación inicial del libro: no solamente conocer esta profecía, sino atesorarla y obedecerla.

Ahora, en el versículo 4, la voz cambia. Es Juan quien toma la palabra y escribe: «Juan, a las siete iglesias que están en Asia» (Apocalipsis 1:4, NBLA). Nos damos cuenta que la revelación se presenta en la forma de una carta dirigida a siete iglesias.

Vale la pena detenernos brevemente para considerar quién es Juan. Fue uno de los discípulos del Señor Jesucristo, conocido como el discípulo amado. Caminó con Cristo durante Su ministerio terrenal y, según la tradición de la iglesia antigua, fue el último de los apóstoles en morir, siendo ya anciano.

Es interesante que simplemente se presente como Juan. No dice: «Juan, el apóstol», ni siente la necesidad de explicar quién es. Esto sugiere que era

ampliamente conocido por las iglesias de Asia. Desde los primeros siglos, la iglesia identificó al autor de Apocalipsis con Juan, hijo de Zebedeo. Entre quienes sostuvieron esta postura estuvieron Justino Mártir, Ireneo de Lyon y Clemente de Alejandría. El testimonio de Ireneo tiene un peso especial, pues fue discípulo de Policarpo, y Policarpo fue discípulo directo de Juan. La línea histórica es muy cercana: Juan → Policarpo → Ireneo.

En el versículo 9 se nos dice que Juan se encontraba en la isla llamada Patmos (Apocalipsis 1:9, NBLA), una pequeña isla del mar Egeo utilizada por el Imperio romano como lugar de destierro. ¿Y por qué estaba allí? No estaba de vacaciones. Él mismo dice que estaba «por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús» (Apocalipsis 1:9, NBLA). Estaba exiliado por permanecer fiel a Cristo.

La carta fue escrita alrededor de los años 95 o 96 d.C. Para ese momento Juan era ya un hombre anciano y, según la tradición, el último apóstol sobreviviente y uno de los últimos testigos oculares del ministerio terrenal de Cristo. También se asocia su ministerio con Éfeso y con los otros escritos que llevan su nombre.

Ahora dirige este saludo a las siete iglesias que están en Asia (Apocalipsis 1:4, NBLA). Más adelante conoceremos cada una de ellas cuando lleguemos al versículo 11. Por ahora, basta entender que estaban ubicadas en la provincia romana de Asia, correspondiente a la actual Turquía occidental.

Es importante notar nuevamente el número siete. En Apocalipsis este número representa plenitud o totalidad. Estas siete iglesias eran congregaciones históricas y reales. Al mismo tiempo, representan a la Iglesia y diferentes condiciones espirituales presentes a lo largo de toda su historia.

Por eso, al leer los mensajes dirigidos a estas iglesias, también encontramos exhortaciones para nosotros. Vemos una iglesia que tiene cosas que cuidar, cosas de las cuales arrepentirse; una iglesia conocida por el Señor, con deficiencias, pero también cuidada, amada y advertida por Él. A esa iglesia es a la que Juan escribe.

Y les dirige este saludo: «Gracia y paz a ustedes» (Apocalipsis 1:4, NBLA). Este no es un saludo vacío. Es una bendición profundamente teológica.

La gracia es el favor inmerecido de Dios concedido libremente en Cristo a pecadores que no lo merecen. La paz tampoco significa ausencia de problemas o dificultades, ni se refiere simplemente a una tranquilidad emocional. Habla de la paz que resulta de haber sido reconciliados con Dios. Es la calma y la seguridad que nacen de una relación restaurada con Él. Ya no existe enemistad, porque nuestros pecados han sido perdonados por medio de Cristo (Romanos 5:1, NBLA).

Juan desea que las iglesias experimenten esa gracia y esa paz que solamente Dios puede dar. Entonces surge la pregunta más importante: ¿de dónde provienen esa gracia y esa paz? La respuesta es clara: provienen del Dios trino.

Por eso continúa diciendo: «Gracia y paz a ustedes, de parte de Aquel que es, que era y que ha de venir» (Apocalipsis 1:4, NBLA).

Cuando leemos rápidamente esta expresión, tendemos a pensar que «el que ha de venir» es Jesucristo. Y ciertamente el Nuevo Testamento enseña que Cristo vendrá. Sin embargo, en este contexto, desde el versículo 4 hasta la primera parte del versículo 5, Juan presenta un saludo trinitario. Primero menciona al Padre, después al Espíritu Santo y finalmente al Hijo. Así que esta primera expresión se refiere al Padre.

Este es un título descriptivo de Dios Padre. Es una expresión característica del libro de Apocalipsis y constituye una paráfrasis del nombre divino revelado a Moisés cuando Dios dijo: «YO SOY EL QUE SOY... Así dirás a los israelitas: "YO SOY me ha enviado a ustedes"» (Éxodo 3:14, NBLA).

Más adelante volveremos a encontrar este mismo título: «Yo soy el Alfa y la Omega –dice el Señor Dios–, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso» (Apocalipsis 1:8, NBLA). Y nuevamente en el capítulo 4: «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios, el Todopoderoso, el que era, el que es y que ha de venir» (Apocalipsis 4:8, NBLA).

Esta conjugación de tiempos nos recuerda que Dios es eterno. Él trasciende el tiempo. Nunca comenzó a existir ni dejará de existir. No cambia, no envejece, no pierde poder y nunca deja de ser fiel a Su pueblo. Él permanece presente para sostener y animar a Su pueblo del pacto en todas las circunstancias de la vida.

Después Juan añade: «...y de parte de los siete Espíritus que están delante de Su trono» (Apocalipsis 1:4, NBLA). Nuevamente aparece el número siete, que en Apocalipsis comunica plenitud y perfección. No debemos entender que existen literalmente siete espíritus distintos. Más bien, esta es una referencia simbólica a la plenitud del Espíritu Santo. La Escritura afirma que hay un solo Espíritu (Efesios 4:4, NBLA), y el simbolismo del número siete destaca la perfección y la plenitud de Su obra.

Isaías describe al Espíritu que reposaría sobre el Mesías diciendo: «Reposará sobre Él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor del Señor» (Isaías 11:2, NBLA). No son varios espíritus, sino la perfecta y completa obra del único Espíritu Santo.

Hasta aquí Juan ha mencionado al Padre y al Espíritu Santo. Ahora dirige nuestra atención al Hijo.

Finalmente añade: «...y de parte de Jesucristo» (Apocalipsis 1:5, NBLA). Una vez más utiliza el nombre completo Jesucristo, subrayando tanto Su identidad histórica como Su oficio mesiánico.

A Jesucristo se le presentan tres títulos: «el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos y el soberano de los reyes de la tierra» (Apocalipsis 1:5, NBLA).

Primero, Él es el testigo fiel. Jesucristo dio testimonio perfecto del Padre. Nunca dejó de proclamar la verdad ni de obedecer la voluntad de Dios, aun cuando esa obediencia lo condujo hasta la cruz.

Segundo, Él es el primogénito de entre los muertos. Esto no significa que haya sido el primero en resucitar cronológicamente, sino el primero en dignidad y preeminencia. Su resurrección garantiza la victoria definitiva sobre la muerte y asegura la resurrección de todos los que están unidos a Él.

Finalmente, Él es el soberano de los reyes de la tierra. Este título recuerda la promesa hecha a David: «Yo también lo haré Mi primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra» (Salmo 89:27, NBLA).

Lo que Dios prometió al linaje de David encuentra su cumplimiento perfecto en Jesucristo. Toda autoridad le pertenece. Ningún rey gobierna por encima de Él. Ningún imperio puede resistir Su dominio. Él reina hoy con autoridad absoluta sobre toda la creación.

Así comienza el saludo de Apocalipsis. La gracia y la paz que recibe la iglesia no nacen del esfuerzo humano ni de circunstancias favorables. Proceden del Padre eterno, del Espíritu Santo en toda Su plenitud y de Jesucristo, el Rey soberano. La paz del creyente no descansa en las circunstancias; descansa en el Dios trino.

Y pensemos por un momento en lo que estas palabras significaban para aquellas iglesias. No estaban recibiendo este saludo en medio de una vida cómoda. Eran creyentes que vivían bajo presión, en ciudades profundamente paganas, rodeados de idolatría y de una cultura que constantemente los empujaba a comprometer su fidelidad a Cristo. Algunos sufrirían tribulación; incluso veremos que Antipas había sido muerto por causa de su testimonio (Apocalipsis 2:10, 13, NBLA). Por eso, cuando Juan les dice: «Gracia y paz a ustedes», no les está prometiendo que las circunstancias serán fáciles. Les está recordando que pueden tener paz aun cuando el mundo alrededor de ellos sea hostil, porque su paz no depende de Roma, de la estabilidad política, de la aceptación de la cultura ni de que termine la persecución. Su paz procede del Dios trino. Y eso sigue siendo verdad para nosotros. Nuestra paz tampoco depende de que todo salga como esperamos, de que desaparezcan nuestras aflicciones o de que la cultura apruebe nuestra fe. Podemos atravesar oposición, enfermedad, incertidumbre o sufrimiento y seguir teniendo paz, porque Aquel que es, que era y que ha de venir no cambia; el Espíritu Santo permanece con Su pueblo y Jesucristo sigue siendo el soberano de los reyes de la tierra. Las circunstancias pueden cambiar; nuestro Dios no. Por eso nuestra paz permanece segura en Él.

EL FUNDAMENTO DE NUESTRA IDENTIDAD: LA OBRA DE CRISTO – vv. 5B-6

Después de presentar quién es Jesucristo –el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos y el soberano de los reyes de la tierra–, Juan dirige ahora nuestra atención a lo que Cristo ha hecho por Su pueblo. Es interesante que, antes de hablar de los juicios, de las trompetas, de las copas o de los acontecimientos futuros, Juan recuerda a la iglesia algo mucho más importante: quién es Cristo y qué ha hecho por nosotros.

La esperanza del creyente no descansa en conocer los eventos del futuro, sino en la obra consumada de Jesucristo.

Entonces dice: «Al que nos ama y nos libertó de nuestros pecados con Su sangre» (Apocalipsis 1:5, NBLA). Lo primero que llama la atención es que Juan habla del amor de Cristo en tiempo presente: «Al que nos ama». No dice simplemente: «Al que nos amó». Ciertamente Cristo nos amó al entregar Su vida por nosotros, pero Juan quiere que la iglesia recuerde que ese amor no pertenece solamente al pasado. Cristo continúa amando a Su pueblo. Su amor no terminó en la cruz; Él sigue amando a los suyos hoy.

¡Qué consuelo debió traer esto a aquellas iglesias! Algunas estaban siendo perseguidas; otras enfrentaban falsas doctrinas; otras habían comenzado a enfriarse espiritualmente. Sin embargo, antes de corregirlas, antes de exhortarlas y antes de anunciar los acontecimientos futuros, Cristo les recuerda que continúa amándolas. Esa misma verdad sigue siendo un consuelo para la iglesia de hoy. Nuestro Señor no ha dejado de amar a Su pueblo.

Pero ese amor no quedó solamente en palabras. Juan continúa diciendo: «...y nos libertó de nuestros pecados con Su sangre» (Apocalipsis 1:5, NBLA). Así es como Cristo manifestó Su amor: entregándose a Sí mismo.

Nuestros pecados nos mantenían esclavizados. La Escritura enseña que éramos esclavos del pecado y que la paga del pecado es muerte (Romanos 6:23, NBLA). No podíamos liberarnos a nosotros mismos. Ninguna buena obra, ninguna religión ni ningún esfuerzo humano podían romper esas cadenas. Pero Cristo sí pudo hacerlo.

Él nos libertó de nuestros pecados por medio de Su sangre. Esa sangre representa Su muerte sacrificial en la cruz. Allí llevó sobre Sí el castigo que nosotros merecíamos y pagó completamente la deuda de nuestro pecado. No fuimos libertados por nuestras lágrimas, por nuestro arrepentimiento o por nuestras obras. Fuimos libertados únicamente por la sangre de Jesucristo.

Es importante notar que Juan dice «de nuestros pecados». No dice simplemente que nos libró de la culpa o de la condenación. Cristo nos libra de la culpa, del poder y de la condenación del pecado. Ya no somos sus esclavos. Ya no pertenecemos al reino de las tinieblas. Hemos sido trasladados al reino de Su Hijo amado (Colosenses 1:13-14, NBLA).

Pero la obra de Cristo no termina allí. Juan continúa diciendo: «...e hizo de nosotros un reino, sacerdotes para Dios, Su Padre» (Apocalipsis 1:6, NBLA). No solamente nos libertó; también nos dio una nueva identidad. Antes éramos rebeldes; ahora pertenecemos a Su reino. Antes estábamos alejados de Dios; ahora somos sacerdotes para Dios.

Esta expresión tiene un profundo trasfondo en el Antiguo Testamento. Israel fue llamado a ser «un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éxodo 19:6, NBLA). Sin

embargo, ese propósito encuentra ahora su cumplimiento pleno en la iglesia por medio de Jesucristo.

¿Qué significa que somos sacerdotes? No significa que todos ocupamos un oficio sacerdotal como en el antiguo pacto. Significa que, por medio de Cristo, todos los creyentes tenemos libre acceso a la presencia de Dios. Ya no necesitamos un mediador humano, porque tenemos un solo Mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo (1 Timoteo 2:5, NBLA). También significa que ahora vivimos para ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios. Nuestra adoración, nuestra obediencia, nuestro servicio y toda nuestra vida son presentados delante de Él por medio de Cristo (1 Pedro 2:5, NBLA).

Observa el orden del texto. Primero, Cristo nos ama. Después, nos libertó por medio de Su sangre. Y, como consecuencia, hizo de nosotros un reino y sacerdotes para Dios. Nuestra identidad nunca es la causa de nuestra salvación; siempre es el resultado de ella.

Por eso, Juan no puede terminar este pensamiento sin estallar en adoración. Dice: «A Él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén» (Apocalipsis 1:6, NBLA). La verdadera teología siempre produce doxología. Juan no está escribiendo un tratado frío. Mientras contempla quién es Cristo y todo lo que Él ha hecho por Su pueblo, su corazón responde en adoración.

Toda la gloria pertenece a Cristo. Todo el dominio le pertenece a Cristo. Y ese dominio no tendrá fin. Él reina ahora y reinará por los siglos de los siglos. Por eso Juan concluye con un «Amén». No es simplemente una manera de terminar una frase. Es la respuesta de la fe. Es decir: «Así es. Así sea. Esta es la verdad».

Este es el fundamento de nuestra identidad. No está en lo que hemos hecho por Cristo, sino en lo que Cristo ha hecho por nosotros. Él nos ama, nos libertó de nuestros pecados con Su sangre, hizo de nosotros un reino y sacerdotes para Dios. Toda nuestra identidad descansa en la obra perfecta y suficiente de Jesucristo.

Esta verdad era profundamente necesaria para aquellas iglesias. Vivían en una cultura que constantemente intentaba definir quiénes eran: Roma los llamaba una secta peligrosa, la sociedad los rechazaba y la persecución podía hacerlos sentir débiles, insignificantes o abandonados. Pero Cristo les recuerda que su identidad no estaba determinada por lo que el mundo decía de ellos, sino por lo que Él había hecho por ellos. Ellos eran un reino y sacerdotes para Dios. Lo mismo ocurre con nosotros. Vivimos en una cultura que quiere definirnos por nuestro éxito, nuestros fracasos, nuestro pasado, nuestros pecados o la opinión de los demás. Pero el creyente no encuentra su identidad en lo que hizo, en lo que siente o en lo que otros dicen de él. Su identidad descansa únicamente en la obra perfecta de Jesucristo. Él nos amó, nos libertó con Su sangre y nos hizo pertenecer para siempre al pueblo de Dios.

LA CERTEZA DE NUESTRA ESPERANZA: LA VENIDA DEL SEÑOR – vv. 7-8

Después de mostrarnos de dónde proviene nuestra paz y sobre qué descansa nuestra identidad, Juan dirige ahora nuestra mirada hacia el futuro. Nuestra esperanza no descansa solamente en una obra pasada, sino también en una promesa futura. El Cristo que vino, murió, resucitó y reina es el mismo Cristo que volverá.

Por eso el versículo 7 comienza con una declaración solemne: «Él viene con las nubes» (Apocalipsis 1:7, NBLA).

Juan no dice: «Tal vez venga» o «esperamos que venga». Lo afirma con absoluta certeza: «Él viene». La segunda venida de Cristo no es una posibilidad; es una promesa divina. Así como Su primera venida se cumplió exactamente como Dios la había anunciado, también Su regreso se cumplirá en el tiempo determinado por el Padre.

La expresión «con las nubes» tiene un profundo trasfondo en el Antiguo Testamento. Retoma la visión de Daniel, donde «uno como un Hijo de Hombre» viene ante el Anciano de Días para recibir dominio, gloria y un reino eterno (Daniel 7:13-14, NBLA). Allí la escena describe la entronización y el reinado del Mesías. Ahora, en Apocalipsis, ese mismo Hijo del Hombre que recibió el reino viene públicamente para consumir Su gobierno sobre todas las cosas. También recuerda las palabras del Señor Jesucristo cuando anunció Su regreso diciendo que «verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria» (Mateo 24:30, NBLA).

Las nubes, en la Escritura, están asociadas repetidamente con la presencia gloriosa de Dios. Por eso, venir con las nubes significa venir revestido de gloria y majestad. Juan está mostrando que quien regresa es el Rey exaltado, el Señor glorioso.

Juan continúa diciendo: «...y todo ojo lo verá» (Apocalipsis 1:7, NBLA).

La venida de Cristo no será un acontecimiento secreto ni reservado para unos cuantos. Será un evento visible y universal. No habrá un lugar de la tierra donde alguien pueda decir que no se enteró. Toda la humanidad contemplará el regreso del Señor. Esto también corrige cualquier idea de una venida invisible o limitada. Juan enfatiza que todo ojo lo verá. El mismo Cristo que ascendió corporalmente regresará corporal y visiblemente, tal como los ángeles lo anunciaron en Hechos 1:11 (NBLA).

Después añade una expresión sorprendente: «...aun los que lo traspasaron» (Apocalipsis 1:7, NBLA).

Esta frase nos lleva a Zacarías 12:10 y recuerda también la crucifixión de Cristo. En primer lugar, hace referencia a quienes participaron históricamente en Su rechazo y en Su muerte. Sin embargo, también nos recuerda que fueron nuestros pecados los que hicieron necesaria Su muerte. Aquel que fue rechazado, humillado y crucificado regresará ahora como el Rey glorioso y Juez de toda la tierra.

Juan continúa diciendo: «...y todas las tribus de la tierra harán lamentación por Él» (Apocalipsis 1:7, NBLA).

En el contexto de Apocalipsis, este lamento enfatiza el dolor y el terror de quienes rechazaron a Cristo y ahora enfrentan Su juicio. Aquel día ya no habrá oportunidad para arrepentirse. El tiempo de la gracia habrá llegado a su fin, y el Rey vendrá para juzgar con justicia.

Por eso la segunda venida de Cristo produce dos respuestas completamente diferentes. Para los creyentes será el cumplimiento de nuestra esperanza. Veremos finalmente a nuestro Salvador cara a cara. Pero para quienes permanezcan en rebelión contra Él será el día más terrible de toda la historia.

Después de hacer esta declaración, Juan responde con dos palabras muy breves, pero cargadas de significado: «Sí. Amén» (Apocalipsis 1:7, NBLA).

Es como si la iglesia respondiera inmediatamente a la promesa del regreso de Cristo diciendo: «Así es. Ven, Señor». No hay temor para quienes pertenecen a Cristo. Su venida es el anhelo de la iglesia.

Pero el prólogo aún no termina. Después de anunciar la venida gloriosa de Cristo, el versículo 8 introduce la voz del Padre para confirmar esa promesa. Juan escribe: «Yo soy el Alfa y la Omega», dice el Señor Dios, «el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso» (Apocalipsis 1:8, NBLA).

Es importante notar este detalle. No es Jesucristo quien habla aquí, sino el Señor Dios, retomando el mismo título con el que fue presentado al inicio del saludo (Apocalipsis 1:4, NBLA). Es como si el Padre mismo sellara con Su propia autoridad todo lo que Juan acaba de anunciar acerca del regreso de Su Hijo.

Entonces el Padre declara: «Yo soy el Alfa y la Omega». Alfa es la primera letra del alfabeto griego y Omega la última. Con esta expresión afirma que Él es el principio y el fin de todas las cosas. Todo comienza en Él y todo encuentra su cumplimiento en Él. Nada escapa a Su gobierno soberano.

Luego vuelve a presentarse como «el que es y que era y que ha de venir». Una vez más, Juan nos recuerda que Dios es eterno. Él trasciende el tiempo. Nunca cambia y siempre permanece fiel a Sus promesas. El mismo Dios que prometió enviar al Mesías cumplió Su palabra en la primera venida de Cristo, y ese mismo Dios garantiza ahora que la promesa de Su regreso también se cumplirá.

Esto también nos ayuda a comprender por qué el Padre puede llamarse «el que ha de venir» y, al mismo tiempo, el Nuevo Testamento anunciar la venida de Jesucristo. No se trata de confundir al Padre con el Hijo. El Padre no deja de ser Padre ni el Hijo deja de ser Hijo. Sin embargo, la venida del Hijo es el cumplimiento del propósito eterno del Padre. Cuando Cristo regrese en gloria, vendrá enviado por el Padre para consumir Su reino, ejecutar Su juicio y manifestar plenamente Su gloria. En ese sentido, la promesa del Padre de venir encuentra su cumplimiento en la venida

gloriosa de Su Hijo. Las personas de la Trinidad son distintas, pero actúan siempre en perfecta unidad en la obra de la redención y en la consumación de todas las cosas.

Finalmente se identifica como «el Todopoderoso». Este nombre enfatiza Su autoridad absoluta sobre toda la creación. Ningún acontecimiento de Apocalipsis ocurre fuera de Su control. Ningún rey, ningún imperio, ningún enemigo y ninguna fuerza del mal pueden frustrar Sus propósitos. Todo lo que Juan verá a lo largo de este libro sucede bajo el gobierno soberano del Dios Todopoderoso.

Así concluye el prólogo de Apocalipsis. Antes de mostrarnos las visiones, los juicios y el conflicto entre el Reino de Dios y los poderes de este mundo, Dios quiere que la iglesia recuerde tres verdades fundamentales. Nuestra paz tiene su fuente en el Dios trino. Nuestra identidad descansa en la obra perfecta de Jesucristo. Y nuestra esperanza está segura porque el Señor vendrá otra vez.

La iglesia vive mirando hacia adelante. No caminamos impulsados por el temor, sino por la esperanza. Cristo viene. Esa promesa sostiene nuestra fidelidad en el presente, fortalece nuestra perseverancia en medio del sufrimiento y nos recuerda que la historia no terminará con el triunfo del mal, sino con la manifestación gloriosa de nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIÓN FINAL

Al comenzar Apocalipsis, Dios no quiso que la iglesia fijara primero su atención en las bestias, en los juicios o en los acontecimientos del fin. Antes de todo eso, quiso recordarnos quién es Él, quién es Jesucristo y cuál es nuestra esperanza. Porque una iglesia que conoce al Dios trino encuentra paz en medio de la aflicción; una iglesia que descansa en la obra de Cristo sabe quién es, aun cuando el mundo intente definirla de otra manera; y una iglesia que espera el regreso de su Señor puede perseverar con gozo, aunque el sufrimiento forme parte de su caminar.

Si eres creyente, este pasaje te llama a vivir con confianza. Quizá las circunstancias sean inciertas, quizá enfrentes oposición, enfermedad, temor o pruebas que no esperabas. Pero el Dios que es, que era y que ha de venir no ha cambiado. Cristo sigue amándote, Su sangre sigue siendo suficiente y Él continúa reinando sobre los reyes de la tierra. Nada de lo que ocurre escapa a Su autoridad, y nada podrá impedir el día en que volverá para consumir Su reino. Por eso, persevera. No pongas tu paz en las circunstancias, ni tu identidad en este mundo, ni tu esperanza en lo temporal. Descansa en el Dios trino, permanece firme en Cristo y vive esperando Su gloriosa venida.

Pero si aún no has venido a Cristo, este pasaje también te habla. El mismo Jesús que hoy ofrece gracia, paz y perdón es el mismo que un día vendrá como Rey y Juez. Hoy Su invitación sigue abierta; hoy el evangelio sigue anunciando que hay perdón para todo aquel que se arrepiente y cree en Él. Pero el día de Su regreso también será el día de Su juicio. No esperes a verlo venir para reconocer quién es, porque entonces ya no será un llamado al arrepentimiento, sino la manifestación de Su justicia. Ven a

Cristo hoy. Descansa en Su obra, recibe el perdón que compró con Su sangre y forma parte de ese pueblo que espera Su venida no con temor, sino con gozo.

Y que esta sea también la respuesta de nuestro corazón, como la de la iglesia desde el principio: «Sí. Amén. Ven, Señor Jesús» (Apocalipsis 22:20, NBLA).